

Lo que nos tiene prendidos



Kenshinkan dôjô 2014

El filósofo y escritor José Ortega y Gasset fue un referente en la actividad cultural y política de nuestro país en la primera mitad del siglo XX, un momento aquel en el que la sociedad española, aún dominada por el pensamiento decimonónico, provinciano y menor, deseaba sacudirse el yugo de la ignorancia, abriendo espacios a otra vida que sí palpitaba más allá de nuestras fronteras.

A mi juicio, uno de los ensayos de mayor densidad firmados por Ortega es: *El espectador*. En este volumen el filósofo nos muestra un abanico de intereses extraordinario: crítica literaria, arte, política, costumbrismo, viaje, filosofía, etc.

Uno de los más entrañables y a la vez incisivos análisis del libro está dedicado a José Martínez Ruiz "*Azorín*", quien junto a Baroja, los hermanos Machado, Unamuno, Galdós o Valle Inclán, formaron una pléyade de autores insignes reunidos todos en aquella "*Generación del 98*" español.

El estudio que Ortega desarrolla en torno a la obra del autor alicantino lleva por título: "*Primores de lo vulgar*". En su crítica, el maestro apuntala el estilo del autor de "*Un Pueblecito*", desmenuzando su estructura y rescatando los puntos neurálgicos en los que ésta se basa. A mi juicio, el más sustancial en la ocasión, es la importancia de lo pequeño, su destacamento, elogio y alabanza. Así, mientras el paisaje aparece descrito con brevedad o los personajes apenas sí toman la forma que les ha de corresponder para que el lector llegue a conocerlos en profundidad, el autor dedica un tiempo inconmensurable a la descripción de las circunstancias más elementales, esas que, a juicio de cualquier otro, no serían merecedoras más que de un rápido y fugaz comentario.

Sí. Azorín se detiene en lo que muchos otros no perciben, aquello que, aún obviado por todos, es también una expresión de lo vivo y, como tal, algo digno de nuestra mayor atención. Era lo efímero lo que tenía prendido su espíritu de escritor, de narrador, de contador de historias.

También la singularidad de eso que transcurre inadvertido por muchos es la piedra angular sobre la que se ha de sustentar el kata. En efecto, la substancia más elemental es la base de su construcción, el cemento de sus murallas, el ADN de su esencia más íntima. No existe lo mayor sin la participación primera de lo pequeño, es imposible visualizar algo vivo sin la observación microscópica de su misterio. Esto es así dentro y fuera de un dojo, porque todo lo que llega a constituirse, tomando forma y manifestándose, es resultado de un acúmulo de circunstancias menores, pero no por ello menos importantes y fundamentales.

No todas las Escuelas de Bujutsu nacidas en el medievo japonés contienen el mismo número de secuencias (katas): unos ejercicios en los que se encuentra reunido todo el bagaje estratégico de la Tradición a la que pertenecen. Las hay concentradas en torno a un programa sencillo, focalizadas en el estudio de un Arte. Otras, más ambiciosas,

están construidas sobre un conglomerado de Artes Marciales clásicas, todas y cada de las cuales reúnen gran número de técnicas capaces de reproducir fielmente las innumerables situaciones que un guerrero de aquel contexto histórico debía afrontar y solucionar en el transcurso de una batalla.

Llegar al final de un kata significa haber sido extremadamente fiel a lo pequeño, pues el trazado grande -lo observado desde la perspectiva del espectador neófito- no es más que la punta del iceberg de un ejercicio compuesto por un sinfín de detalles menores que hacen posible la eficacia de cada acometida, bloqueo, esquiva, absorción o desvío, de tal forma que resulta imposible escenificar un movimiento cualquiera si el anterior no se ha producido con una rotunda exactitud. Así es, la preponderancia está determinada por la mirada y el gesto, la direccionalidad correcta, la estabilidad corporal y un espíritu dirigido con diligencia hacia la unificación con todo ese conglomerado técnico, anatómico y mental. También ahora, lo inadvertido -esa substancia inmaterial que es la intención inaprensible- es el elemento clave del Kata. Olvidar esta premisa clave supondría declinar ante la realidad exigente que propone un kata de Budô, pues en su estructura no existe nada superfluo. Todos los movimientos tienen su razón de ser, siendo desde la asunción de los pequeños gestos que el espadachín podrá concluir victorioso el duelo que acomete el kata.

Como arqueólogos, buscamos en la profundidad del kata recónditas razones para constituir el armazón seguro y firme de nuestro Budô. Como historiadores, analizamos las bases de esa estructura para consolidar su efectividad y establecer nuestra oportunidad.

En su propio viaje hacia lo inadvertido y menor, el gran José Hierro nos enseñó:

*“Es lo efímero,
Eso que pasa y que muda,
Lo que nos tiene prendidos”.*

Sí. Siempre de lo Invisible a lo Evidente y, además:

A lo Mayor a través de lo Simple.

A la Filosofía a través del Trabajo.

Al Calma a través de la Intensidad.

A lo Plural a través de lo Individual.

A la Palabra a través del Silencio.

Al Logro a través del Esfuerzo.

A lo Blanco a través de lo Oscuro.

A la Razón a través del Análisis.

A lo Complejo a través de lo Elemental.

A la Sabiduría a través de la Humildad.

Kenshinkan dôjô 2014